

EL ECO LITERARIO.

JURISPRUDENCIA PRÁCTICA.

Causa criminal contra Vicente Pellicer y su consorte Rosa Llobat, instruida por el juez de primera instancia de Murviédro, sobre muerte á Francisco Mir.

(Conclusion.)

«**P**ERO demos por supuesto que efectivamente mi defendido hubiese reconvenido á Mir al encontrarse con él. ¿Se le debería castigar por ello? ¿Merecería pena el que viéndose arrebatada la ventura, se permitiese una queja al hombre que derramó á manos llenas la hiel en la carrera de su vida, hasta entonces tal vez feliz? ¿Tendría que sofocar el dolor dentro del corazón? ¿Se llamaría delincuente á la víctima porque tratase de contener el brazo que la asesina? Vicente Pellicer, creyendo encontrar la dicha uniendo su suerte á la de una compañera, contrajo matrimonio con Rosa Llobat. En mal hora lo hizo, porque bien pronto la triste realidad vino á despertarle del sueño lisongero que embellecía su existencia: bien presto llegó á tocar el desengaño, y lejos de la dulzura que creyera libar en los labios de su esposa, halló en su pecho la ponzoña y el veneno; pues Rosa Llobat, esa muger sin pudor, con desprecio de los sagrados deberes que la sociedad, la religion, y hasta la misma naturaleza le imponian, y guiada por su torpe lujuria se prostituyó en brazos de Mir, que á su vez, en recompensa quizá de la vileza de la Llobat maltrataba cruelmente á su consorte hasta arrojarla de su propia casa para ocuparla con la manceba, permitiéndola algunas veces dormir en el patio, mientras profanaba su lecho un doble adulterio. ¡Cuán cruel debia ser esto para Vicente Pellicer! La llaga incurable que esta maldad habia abierto en el corazón del esposo al ver su tálamo manchado por una muger corrompida, se exacerbaba mas y mas por la perfidia de Francisco Mir, que habia conculcado bajo su inmunda planta las obligaciones de la amistad, con cuya máscara hipócrita trataba de encubrir su ruin proceder. ¡El cuerpo humano, Escelentísimo Sr., es muy pequeño para contener tanta amargura; y ó ha de mostrarse al exterior, ó le ha de suceder como á la vasija que contiene una de esas sustancias cuya fortaleza hace menudos pedazos el cristal que las contiene! Por ello es que mi cliente amonestó, y no una, sino repetidas veces, á su consorte; se quejó á las autoridades, y éstas amenazaron, multaron y hasta encarcelaron á Mir y á la Llobat. Todo inútil, vanas fueron cuantas medidas adoptaron el comisario, alcalde y tenientes. A la manera que una grande porcion de agua encerrada en un estanque, sirve para fertilizar las tierras, para hacer productivas las campiñas,

pero que roto el dique que la contenia, se lanza con ímpetu y todo lo inunda, y todo lo devasta, y arranca el arbolado, y torna en cenagosos y estériles los campos que antes beneficiára; del mismo modo las pasiones en la humana criatura, mientras permanecen sujetas á la razon, mientras existe el dique de la inteligencia que las contiene, contribuyen á engrandecer el corazon, á elevar el espíritu estendiendo su bienhechora influencia á los séres que la rodean; pero cuando ese dique se rompe, cuando el vínculo que enlaza las pasiones á la razon desaparece, se desbordan cual caudaloso torrente, y todo lo arrasan, y todo lo atropellan, y se convierten los beneficios que antes produgieran, en males apenas concebibles en un ser racional. Por eso Mir y la Llobat no hacian caso de las amenazas, y en casa de Mir, en las cuevas del castillo y donde quiera, escandalizaban á todo el vecindario con la publicidad de su torpe proceder. Ahora bien, ¿podía Pellicer quejarse, reconvenir á Mir? Sí, seguramente, Sr. Esmo., podia reconvenirle, y si no discurro mal podia hasta matarle segun el espíritu de una ley de partida, de cuyo exámen paso á ocuparme.

En la ley 12, título 14, partida 3.^a, que trata de cómo deben ser las pruebas para fallar los pleitos criminales, despues de manifestar que han de ser claras como la luz, y que no venga por ello duda alguna, se leen estas materiales palabras: *Pero cosas y á señaladas en que el pleyto criminal se prueba por sospechas maguer non se averigue por otras puebas, é esto seria cuando alguno que oviese sospecha de otro que le faze ó quiere fazer tuerto de su muger é lo afrontare tres vezes por escritura que sea fecha por mano de escribano público é ante testigos diciéndole que se quite del pleyto della é castigando aun á su muger que se guarde de fablar con aquel ome. Ca si despues desso lo fallase con ella ó en su casa ó en la de la muger ó en la del otro que quiere facerles desonrra ó en huerto ó en casa apartada de fuera de Villa ó de los arrabales; puedelo matar sin pena, maguer non se pudiesse probar que oviesse fecho yerro con ella.* En la letra de esta ley no se halla ciertamente comprendido el caso de que se trata, mas como la ciencia de las leyes consista en penetrar en su espíritu sin atendernos únicamente á las materiales palabras, y la principal mision del jurisconsulto sea por consiguiente la de buscar la idea sin fijarse precisamente en la forma, nosotros interrogaremos, digámoslo así, á la misma ley, procuraremos comprender su filosofia, inquirir su tendencia, escudriñar la causa que motiváran su formacion.

Cuando la fatalidad llega á caer con toda la inmensidad de su peso sobre la cabeza de un hombre; cuando éste alcanza á ver impresa en su rostro la marca del ridiculo; cuando se considera ludibrio de la burla de sus semejantes; cuando contempla á la sociedad que pisotea injustamente esa joya de mas valia que la vida llamada de honor, y todo sin culpa propia, y todo por un hecho, en que lejos de ser partícipe, ha venido á herirle en el corazon, se apodera de él una especie de vértigo indefinible; apenas vé el hombre agostada la flor de su ventura por el impuro soplo de una muger adúltera, ó bien se entontece, y se postra, y se anonada bajo la gravedad de su infortunio, ó bien en su cabeza la rabia y el corage forman un volcan cuya lava aparece por sus ojos que chispean, por sus manos que convulsas embrazan un arma que algunas veces emplean contra sí mismos ó con la cual procuran herir á la muger ó al otro causa de sus

males. A todos los hombres me parece que debe sucederles esto, y digo á todos los hombres, porque yo no cuento en el número de tales á esos entes que parecen insensibles á este ultrage, ó que miserables hasta trafican vilmente con su propia deshonra. Estos no tienen corazon, ó al menos lo tienen seco. Y en uno ú otro caso, ora yazga la imaginacion en la semejanza de estupidez, ora la cabeza delire y furioso se lanza al suicidio ó al homicidio; en sus actos nunca hay crimen, porque la razon en su desvario no puede meditar, la voluntad no puede decidir. Estas reflexiones que acabo de espresar y que nos enseña inmediatamente el estudio del corazon humano, fueron de seguro las que impulsaron al sábio legislador á la formacion de las disposiciones que otorgan las grandes facultades que V. E. mejor que yo sabe, á los maridos en ciertos casos, constituyéndoles en una posicion escepcional, y colocándoles en cierto modo como jueces de su propia ofensa. Y si esto es cierto; y si como creo, la formalidad de tres amonestaciones que exige la ley citada, son para prueba de que efectivamente se ha hecho, prueba consignada en estos autos de una manera indudable, opino que no será errado pensar que el caso presente, sino en la letra, se halla al menos contenido en el espíritu de la disposicion legal referida.”

El defensor reasumió y concluyó pidiendo la absolucion sin costas y sin nota.

Una indisposicion del defensor de la Llobat le impidió presentarse en estrados.

Y la Esma. sala primera, por sentencia de de diciembre de 1847, absolvió á Pellicer pagando solamente las costas de su defensa, y condenó á Rosa Llobat á cuatro años de reclusion en la casa-galera. Cuya sentencia, trascurrido el término legal y no habiendo interpuesto súplica, se dió por consentida y se mandó llevar á efecto.

A LA LUNA DE VALENCIA.

(Continuacion.)

PRINCIPIO DE UN DRAMA A LA LUZ DE UN CANDIL.

Nuestros dos huéspedes debieron cenar opíparamente, por cuanto habia dado ya la una y todavía permanecian en dulce plática en la morada de la señora Macaria.

Dejémosles, pues, satisfacer su voráz apetito, para dar razon al lector de otra escena mas interesante á nuestro propósito, que tenia lugar casi al mismo tiempo que esto acontecia.

En la época que pasaban los acontecimientos que vamos á referir, existia en uno de los mas apartados rincones de esta capital un antiquísimo caseron, que parecia por su estado ruinoso, desafiar al tiempo y á los arquitectos del siglo XIX.

Su aspecto era lúgubre y siniestro. La fachada principal que daba á la calle de... estaba ennegrecida y presentaba ese color sombrío y lleno de

manchas parduscas, emblema de la antigüedad de la obra, cicatería ó pobreza del dueño. Un solo balcon pequeño, y condenado á presentar su vergonzoso estado en el ángulo izquierdo del edificio, formaba notable contraste con una ventana que habia al lado, sino de orden gótico en toda su pureza, merced á los retoques hechos por una mano inesperta, con cierta semblanza al menos que traslucia á la legua, que el fabricante tuvo intencion de hacer un ensayo en este género. El balcon, la ventana y una reja con fuertes barrotes de hierro, que empotrada en la pared se veía al otro ángulo de la casa, completaba el cuerpo principal del edificio, si se exceptúan tres ó cuatro agujeros, redondo uno y los restantes ovalados, que se encontraban sin orden ni simetría colocados en la pared.

El segundo cuerpo lo formaban cinco ventanas, una de ellas tan solo con antepecho; en el alfeizar habia colocada una maceta con una pomposa albahaca, señal irrecusable de que el habitante debia pertenecer al sexo hermoso, si se toma en cuenta la lozania que presentaba esta planta tan vulgar. Un alon tan inmenso y tan pronunciado como sombrero de fraile mendicante, remataba la fachada, con el *ainda mais* de los largos y carcomidos canalones de madera, causa principal de la suciedad que se advertia al pisar el umbral de la puerta de entrada en los dias de lluvia y en los de buen tiempo tambien.

La puerta de la calle estaba á una esquina: abierta aquella facilitaba la entrada á un cuadrilongo, y en el extremo derecho se encontraba una escalera, cuyos peldaños marcaban bien á las claras los muchos años de servicio. El primer descanso de la escalera conducia por medio de una puercecilla decorada con grandes pabellones de telarañas, á un cuarto pequeño, que era la habitacion del conserge ó encargado de recoger los alquileres de los demas moradores. Contiguo á éste y separado por un tabique habitaba una vieja, que hubiera podido disputarle á la tia Marizápalos sus brujerías, si en esta época los chiquillos no hubiesen perdido el miedo á tales consejas.

Esta vieja se llamaba Estefanía.

La vieja, al oir la última campanada del reloj de la Catedral, tomó un candil que habia colgado en el ojo de la llave, y ya se disponia á salir de su estancia, cuando una corriente de aire mató la luz. La vieja entonces hizo un estremecimiento y se quedó á oscuras y sin candil.

Poco rato hubo de permanecer así, por cuanto se oyeron voces--vecina, vecina.

Con efecto era la vieja, que puesta sobre el antepecho del brocal del pozo, llamaba en su auxilio á una amiga que habitaba en el desvan.

Breves momentos despues ya se oia el diálogo siguiente:

—Allá voy.

—No te descuides, hija mia. Es ya media noche, y próxima la hora de la cita.

—¿Pero vendrá?

—¡Oh! el cebo está bien puesto.

—Entonces podré engalanarme con los vestidos que la tia Mónica llevaba á empeñar esta tarde en casa de nuestra vecina la viuda: pierda V. cuidado, ya verá V. que buena moza me presento.

—Así me gusta, hija mia.

—Gracias, señora Estefanía. ¡Oh! es V. muy amable y se interesa

tanto por mí, que yo le haré sentir á V. mi agradecimiento, tan pronto como pueda.

—¡Bribonzuela! cómo sabes que está cercano el día.

Al mismo tiempo se oyó una carcajada.

Entonces la vieja añadió:

—¡Te ries! bueno, ya verás qué vestidos tan magníficos.

Y mira, añadió, temiendo la interrumpiera.

—Hay también un collar con seis hermosas sargas de perlas finas, con su candado de brillantes y un magnífico pañuelo de crespón color de grana, que hará resaltar tu tez morena.

Y en tono casi inteligible, añadió—y.... veinte onzas de oro.

—¡Ay cuánto dinero! dijo la de arriba. ¿No me engaña V., señora Estefanía?

—No por cierto. Con que, ¿te acomoda tener todo esto?

—Ya se vé. ¿Pero de qué manera?

—De una sumamente fácil.

—¿Cómo?

—Sí, hija mia. Mira, tú conoces á D. Crispulo, aquel honrado longista, panzudo y chiquitin que viene á verme la mayor parte de los días.

—Sí, le conozco; por señas que el otro día me encontró en la escalera, me llamó hermosa, y queria acompañarme hasta mi casa; pero como yo no quise, me regaló un cartucho de dulces.

—¡Oh! el tal D. Crispulo es un mozo muy cabal. Pues ese mismo, hija mia, te proporcionará el medio. ¡Vaya! te quiere mucho, hija mia, me lo ha repetido distintas veces, y sé muy bien que lo cumplirá.--¡Pero si vieras cuán á poca costa!... Vamos, ¡parece increíble!--¡Oh! él es muy entendido en todo; sabe Mahoma de quien fue hijo, y posee los libros de Merlin. Esos libros que enseñan el arte de hacerse ricos.

—¿Es ese el que intenta enseñarme?

—Sí.

—¿Y tardaré mucho en aprenderlo?

—¿Tienes ganas? ¡eh!

—¿Quién no las tiene de ser rico?

—¡Oh! muy pronto.

—Estoy en ascuas hasta que lo sepa.

—Paciencia, hija mia; ya sabes que con paciencia todo se alcanza.

—¿Las riquezas también?

—Por supuesto. Pero es ya muy tarde y tú tendrás sueño.

—No señora, espero todavía á....

—A Caramelo ¡eh!

—Sí señora.

—No vendrá: la noche está malísima y el pobre tendrá frío.

—Me quiere mucho: ¿no sabe V. que le tengo enamorado?

—¡Picarilla!

Y se volvió á oír otra carcajada como la anterior. Pero esta vez produjo mal efecto en la vieja, porque exclamó refunfuñando.

—No me gustan burlas, señorita.

Como la conversacion se iba alargando, y por lo visto no habia intencion en ninguna de las parlantes de acabar, debieron disgustarse los veci-

nos. Con efecto se oyó descorrer un cerrojo y una voz que decia asomándose á la ventanilla del pozo.

--Hagan el favor de no incomodar.

--¿Qué es eso? dijo la vieja.

--Que callen, añadió la recien salida.

--No nos dá la gana, replicó la jóven de mas arriba.

--Pues yo las haré callar, repuso la primera.

--No se meta en lo que no le importa, exclamó la vieja.

--Calle la vieja.

Todo quedó en silencio.

II.

La vieja entró en su misterioso zaquizami, abrió el cajon de una mesa pequenita, sacó un fósforo, y colocando la yema del dedo índice sobre un extremo de la candelilla, frotó suavemente sobre la pared. Un humo espeso producido por la llama, vino á entrársele por las ventanas de la nariz, y la hizo toser tres ó cuatro veces.

Con el fósforo encendió el candil, y poniendo la mano derecha delante de la luz por via de pantalla, impidió que el reflejo marcase con insolente descaro las arrugas de su amarillenta tez.

Colgó el candil del extremo de una cuerda suspendida en mitad de la sala principal, y todavía permanecia en continua oscilacion, cuando se dirigió á una especie de biombo que habia á la derecha, se entró en él, y salió de allí á un momento con un bulto debajo del brazo. Lo colocó sobre una silla desvencijada que tomó con su nudosa y descarnada mano, se sentó en otra, y exhalando un suspiro, dijo:

--¡Hé aquí un tesoro!

Y volviendo á suspirar de nuevo, añadió:

--¡Y á cuán poca costa lo ganará Inesilla! ¡Oh! en mi tiempo no se adquirian con tanta facilidad alhajas de tanto valor. Un fortunon tan enorme sin mas que decir unas cuantas palabras en una lengua que nadie la entiende, ni aun yo que poseo parte del secreto. Pero ¿qué digo yo? ¡Si el mismo D. Hipólito, inventor y tan dado á eso que llama él *astrología*, ha repetido diferentes veces, que para conocer el valor de esas palabras misteriosas, seria preciso estudiar dia y noche veinte años lo menos! ¡Oh! no hay duda, mucho sabe el tal D. Hipólito, pero no las tengo todas conmigo de que el tal señor haya aprendido la ciencia por el arte del diablo. ¡Jesus! ¡Jesus!

Y se persignó, como si hubiese visto una vision.

--Pero continuó: no es tiempo ahora de entregarme á pláticas inútiles, que no han de servirme mas que de calentarme la cabeza sin fruto. Veamos si este bulto contiene todo cuanto ha dicho.

Y desdoblando las puntas de un pañuelo de percal á cuadros, sacó el collar y demas prendas que recordará el lector le habia ofrecido á su vecina en la conversacion que con ella tuvo pocos momentos há sobre el brocal del pozo.

--Efectivamente, todo está.

Y reparando en una cajita.

--¿Qué es esto? dijo. ¿A quién pertenecerá esta caja? ¡Oh! para Inesilla no es; conservo muy bien en la memoria todas las prendas que vienen

destinadas á ella, y sé positivamente que no se encuentra esta que tengo delante.

Y registrando de nuevo, con efecto, repitió, esta caja no tiene dueño conocido, es como los incluseros.

Una idea triste asáz y desgarradora debió cruzar el pensamiento de la vieja Estefanía en aquel entonces, porque es fama que se le humedecieron los ojos, aunque no lloró.

Cuando el corazon ha sufrido grandes reveses se cubre con una corteza, digámoslo así, que los recuerdos de un dia no bastan á abrir en él una brecha por pequeña que sea. Asi le aconteció á la vieja en este momento. Una palabra dispersó un recuerdo de amargura, y sin embargo, no le hirió con tanta profundidad como debia, porque aquel corazon estaba gastado.

Prorrumpió en un sarcasmo, y como un arma de dos filos se volvió contra ella.

--¡Ay de mí! dijo suspirando, tambien podrán decir de mí lo que acabo de decir ahora de la caja. ¡Oh! porque abandoné á mi hija, tan hermosa, tan....

Pero reparando entonces en un paquetito que contenia las veinte onzas para Inesilla, brillaron sus ojos con muestras de la mas refinada codicia.

--No quiero ver mas, prorrumpió, goce estos dones la que sea jóven, que á mí ninguna falta me hacen mientras haya un asilo de beneficencia en donde pase mis últimos años.

En este momento se oyeron pasos en la calle, la vieja envolvió en el pañuelo las alhajas que habia sacado, y reparando de nuevo en la caja la tomó, la abrió, y dijo:

--¡Un retrato! ¡y guarnecido de diamantes! ¡Oh! puesto que á la ocasion la pintan calva, no quiero que se me escape ahora.

Y se lo guardó en el pecho.

POESIA.

AL CIPRES DE UN JARDIN.

¿Por qué al besar la flor de los jardines

El aire, por tus ramas tambien zumba?

¿Por qué al lado de rosas y jazmines

Arraigas triste enseña de la tumba?

Tú hincado en el abismo, y con la frente

Nubes rasgando, sin que rama alguna

Se dilate, serás eternamente

Junto al finado trémula coluna.

¿Por qué, pues, árbol en jardines creces

Enlutando la flor con tu presencia?

¿Por qué, cipres, cual ella tantas veces

No acabas tu fatidica existencia?

Las hojas de la flor en la pradera
Caen al huracan que el tallo trunca,
Nacen, y mueren con la primavera,
Mas tus hojas, cipres, no caen nunca.

Bellos cual flores sus primeros dias
Cuenta el nacido, mas llegó su invierno,
Y fallecen los goces y alegrías,
Relámpago es el bien, el mal eterno.

Cipres, no importa en verdad

Tu aspecto nada halagüeño,

Prefiero infelicidad

Con su fatal realidad

A las quimeras de un sueño.

Ciertamente vale poco

Dicha que á los hombres pasma

Causándoles afan loco,

Si cuando esta dicha toco

Tan solo toco un fantasma.

Cipres, si en tí pude ver

De fatalidad la sombra,

Junto á mí debes crecer,

Pues odio tanto el placer

Que ni un deseo le nombra.

Crece árbol, pues, mas no crezcas

En donde la flor se encierra,

No sea que mal parezcas,

Y solo irrision merezcas

Como el que sufre en la tierra.

Ven: con la frente abatida

Junto á tí, miraré inerte

Como tanta alma querida

Pasa del libro de vida

A los fastos de la muerte.

Debajo tu sombra oscura

Presenciaré con dolor

Cual muere tanta ventura,

Se acaba tanta hermosura,

Se deshoja tanta flor.

Ven, y cuando haya finado

Mi sepulcro aromatiza,

Hasta que al fin abrasado

Por el rayo, habrás juntado

A mí polvo tu ceniza.

M. de Castells.



FELIPE DE LUCHEX,

NOVELA ORIGINAL

escrita por D. Joaquín Bardo de la Cuesta.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

CAPITULO IX.

De como el secretario de un gran rey, no pudiendo él desempeñar una árdua comision, se valió de un fraile para que la desempeñase.

Las doce acababan de dar en todas las iglesias de Madrid, y el reloj del convento de S. Antonio, que iba un poco atrasado, habia comenzado á dar las primeras campanadas, cuando un golpecito que se oyó en la puerta de la celda del padre Luciano, le obligó á éste á que cerrase un gran libro de pergamino en el que á la sazón estaba escribiendo, arrojó despues con enfado la pluma sobre la mesa, y abandonando la colosal poltrona en la que estaba sentado, fue hácia la puerta á ver quien era el que á hora tan intempestiva venia á interrumpirle en sus trabajos. Abrióla produciendo bastante ruido, y encontrándose con la asustada cara del hermano portero, le dijo con bastante mal humor.

--¿Qué hay?

--El secretario del rey nuestro señor quiere veros, y espera vuestra orden para subir.

--Decidle que suba.

El portero se marchó, y el padre Luciano temiendo no le constipase el airecillo que se deslizaba por la puerta la cerró, interin que subia el que venia á visitarle: poco tardó éste en aparecer allí, y apenas entró en la celda se quitó la capa que llevaba, y despues de colgarla en una percha, fue á sentarse al lado del fraile junto á la mesa en un sillón, que si bien no era tan grande como el que ocupaba aquel, no por eso le cedia nada en cómodo.

--¿Qué os trae á mi celda á hora tan intempestiva? dijo el fraile: sea pues cual fuere el motivo que os traiga, debo deciros que habeis venido en mal hora.

--Y no hay mas que reparar en ese gran libro que teneis sobre la mesa para creer lo que decís.

El fraile se sonrió agradablemente.

--Estaba escribiendo una cosa harto interesante.

--¿Sobre la Francia?

--No: sobre la Francia, le he dicho ya á Felipe II todo lo que hay que decir, y ahora á él y á vos os toca el trabajar, teniendo siempre en cuenta el no escasear los doblones; el dinero es un agente poderoso, y puesto que

tanto nos viene de esas Américas, sería una necesidad el no emplearlo.

--Nuestro embajador Mendoza nos escribe que las cosas van bien, y que el asesinato del duque de Marancy contribuirá á que triunfemos.

--Hace ya tiempo que la Francia está siendo víctima de sus discordias, y sin embargo hemos adelantado poco.

--¡Ah! sino hubiese mas que pensar en ella! pero hay que atender á tantos reinos....

--Con efecto hay que atender á mucho; pero ¿no os parece que será una gran satisfaccion pensar que hemos contribuido en poco á realizar aquello de *Yam illustrabit omnia?*

--¡Oh! si, si, exclamó Antonio Perez sonriendo. El fraile tambien se sonrió, y hablando de tan grandes proyectos, se olvidó de preguntar al que estaba á su lado el objeto de su visita.

--Felipe II, dijo de repente el fraile, ha venido al mundo para acabar la grande obra que su padre comenzó, y Dios le ha puesto en la tierra para que haga triunfar el cristianismo de las demas religiones. Campanella, ese pobre calabres que yace encarcelado y á quien todos tienen por un loco, ha dicho en pocas palabras lo que puede ser nuestro rey sobre la tierra, y yo opino como Campanella, y como él creo que Felipe II debe ser el defensor nato del cristianismo: él tiene estados en todas las partes del mundo, y su nombre es acatado por unos y temido por otros; que siga declarándose campeon de Cristo y apóstol armado de la civilizacion cristiana, hasta que la religion católica tenga sus solemnidades, donde quiera que brille el sol.

--Yo espero, dijo Antonio Perez, que todo lo alcanzaremos si nuestro sábio rey vive muchos años.

--¡Oh! Dios prolongará una vida tan interesante, contestó el fraile con mansedumbre.

Y al mismo tiempo que esto dijo, dejó caer su cabeza llena de cabellos blancos sobre su mano, como si estuviese cansado; su semblante pálido, y sus ojos nublados anunciaban que largas horas de trabajo habian precedido á aquella conversacion que acababa de tener con el secretario del rey, el cual miró con asombro al fraile Luciano al pensar que en los años que le conocia y que le ayudaba con sus sábios escritos á desempeñar el penoso empleo de secretario de un rey que tenia con su política minado todo el mundo, jamás le habia visto cansado, siempre por el contrario, le habia encontrado dispuesto á emprender nuevos trabajos, cuando aun tenia otros entre manos.

--¡Cuánto debe haber escrito hoy este hombre! dijo para sí el secretario; y luego acordándose del objeto de su visita, interrumpió el silencio que reinaba en la celda, diciendo:

--¿Luciano, os hallais muy fatigado?

--Sí, estoy cansado: la cabeza me pesa como si fuera de plomo, y á la verdad, si lo que teneis que decirme es cosa que requiere mucha atencion, dejadla para otro dia que me encuentre mas despejado.

--¿Habeis escrito mucho hoy?

--A las tres me he sentado en esta mesa, y no he dejado la pluma hasta que vos habeis llegado.

Antonio Perez miró asombrado al fraile.

--¡Ah! dijo, yo me preciaba de ser incansable, pero á vuestro lado,

padre, nada valgo; vos debiais ser secretario de Felipe II, no sé entonces quien se cansaría antes, si él ó vos.

—Como os dije, la última vez que estuvisteis aquí, trataba de hacer ver al rey que la llave del mar es la llave del mundo, y para probar esto no he necesitado escribir mucho, en dos páginas está probado; pero me he detenido mucho aconsejando al rey que establezca una escuela especial de guardias marinas, y que funde factorías y escuelas marítimas en Canarias, en Sicilia, en Santo Domingo y en el Cabo de Buena-Esperanza.

—¿Y cuándo dareis por concluida esa memoria?

—Lo está ya.

—¡Vos sois un hombre prodigioso! esta misma noche me la llevaré; el rey se alegrará de leerla, y no olvidará lo que en ella le digais.

—Tiene treinta y nueve hojas.

—¿Y todo lo habeis escrito en un dia?

—Todo.

—¡Oh! vos sois un hombre prodigioso.

--Otro hombre hay que nos gana á todos, al rey, á vos y á mí.

--Otro hombre, imposible.

--Campanella.

--¿Queréis que le demos suelta?

El fraile clavó sus ojos en el secretario.

—¡Necio! se atrevió á decir el padre Luciano; si Campanella estuviese libre, y si el rey le oyese como le he oido yo, ni vos seriais secretario suyo, ni yo me atreveria á escribir. Dejadlo, bien está donde está.

--No, no temais que salga de la prision.

--¿El rey ha vuelto á preguntaros de él?

--No, ni se acuerda ya de tal hombre.

--No es estraño. Los reyes olvidan pronto; pero decidme el objeto de vuestra visita, pues hablando, os habeis olvidado de vuestro asunto: y yo, con mi dolor de cabeza, no os he preguntado á qué habeis venido á hora tan avanzada.

Antonio Perez reflexionó un poco, como si dudase por donde debia comenzar á hablar. El fraile entretanto se habia levantado para volverse á sentar con mas comodidad.

--Padre, dijo Perez de repente, vais á pasmaros cuando sepais de qué se trata ahora.

--Creo que no, porque á la verdad, ¿qué cosa puede haber de la que ya no nos hayamos ocupado, qué reino que no se haya tratado de conquistar, y qué empresa que no hayamos llevado á cabo?

--Sí, es muy cierto lo que acabais de decir, pero no se trata ahora de eso, una cosa mas insignificante va á ocuparnos en este momento, padre, necesitamos solo esterminar á un hombre.

--¿Algun principe, algun cardenal?

--No: no os vayais tan alto, no os encumbreis tanto: es un simple caballero cuyo nombre os será tan desconocido á vos como á todos.

--¿Cómo se llama? sepamos.

--Felipe de Luchex.

--He oido nombrar ese apellido: no me es del todo desconocido, dijo el fraile reflexionando: ¡ah! ya me acuerdo: el conde de Luchex fue un valiente general de Francisco I.

Y su hijo Felipe de Luchex es el que se ha atrevido á burlarse de nuestro poderoso monarca, amando á la princesa de Evoli.

--Apenas acierto á creer lo que acabais de decir, atreverse á amar á la princesa. ¡Jesus qué arrojo!

--El amarla nada tiene de estraño, padre, es muy hermosa y esto basta, pero el atreverse á amarla estando Felipe II de por medio es á la verdad lo que debe pasmaros; si solo fuera esto, podiamos perdonar al imprudente jóven, pero es el caso que la princesa le ama, y el rey está celoso.

--¡Dios mio! Felipe II tiene celos!

--Sí, padre, Felipe II tiene celos. Felipe II ama á la duquesa mas de lo que vos podeis imaginaros, solo á su lado desaparecen las nubes sombrías que cubren su semblante, solo oyendo su voz deja de ser cruel su corazon, y solo le he visto sonreír cuando se halla al lado de esa muger. Hace dos dias me llamó y me dijo: es preciso que ese Felipe de Luchex salga inmediatamente de París, y que jamás le vuelva á ver ni á oír hablar de él, lo oyes, *jamás*. Padre, ¿no habeis adivinado lo que quiere decir esa última palabra?

--A la verdad, no acierto á comprender....

--Oidme y vereis como lo adiviné yo; inmediatamente me dirigí á buscar al embajador Jeannin y le dije, que dentro de veinte y cuatro horas era preciso que Felipe de Luchex saliese de Madrid bajo cualquier pretexto: el embajador me dijo que nada tenia que decir á su rey, y que por consiguiente no sabia como hacerlo salir: afortunadamente ayer se supo la muerte del duque de Marancy, y hoy mismo Felipe ha ido á París, siendo el portador de una carta que escribe al rey Jeannin. Todo esto, padre, era poco aun, habia salido de Madrid, pero mañana podria volver, y Felipe II me habia dicho que no queria volverle á ver *jamás*; entonces pensé en que solos dos hombres podian encargarse de secundar las intenciones del rey y de no hacer ilusoria su venganza, estos dos hombres somos nosotros, y uno de los dos ha de partir mañana á París.

El fraile dirigió una mirada al secretario, pero luego pensó sin duda en que éste podia creer que él vacilaba en obedecerle, y bajando repentinamente los ojos á tierra, exclamó:

--¿Y quién habeis dispuesto que salga, vos ó yo?

--Vos. Yo hubiera ido gustoso, porque la insolente altanería de ese francés ha escitado tambien mi ódio; pero en estas circunstancias no puedo abandonar el despacho de los negocios, y si yo me ausentase, todo quedaria paralizado.

--Teneis razon, no conviene que vayais vos, Antonio Perez no podrá ausentarse de Madrid sin que todos hablasen de ello, y el fraile Luciano puede estar largo tiempo fuera, sin que nadie se advierta de ello.

--Añadid á eso que mi nombre es harto conocido para que yo pudiese llevar á cabo esta empresa con el sigilo y misterio que se requiere, mientras que vos con vuestro hábito de fraile y con vuestro desconocido nombre, podreis mejor que nadie seguir á ese jóven, espiar sus pasos, averiguar su vida, y ver si hay medio alguno para perderlo.

--Todo se hará como deseais, dijo el fraile.

Una campanada que se oyó en aquel momento, vino á cortar la conversacion de aquellos dos hombres, que siendo ambos tan grandes, no se

avergonzaban de proyectar la ruina de uno tan insignificante y tan pequeño como era el jóven Felipe de Luchex; bien es verdad que andaba en todo esto el amor, y el amor hace abreviar las distancias y tocarse los extremos.

--Me marchó, dijo el secretario de Felipe II, aquí teneis cartas para toda clase de personas: no hagais uso de ellas, sino es preciso.

--¿Traeis dinero?

--Sí, tomad, y alargó al fraile un gran bolsillo lleno de oro. Además podeis en París tomar en casa del judío Samuel, todo el que necesiteis.

--¡Ah! conozco muy bien á ese judío, aunque hace veinte años que no le he visto. Habiendo dinero, pues, creo que esas cartas son innecesarias.

--Sin embargo, podriais necesitar la influencia de alguna persona poderosa.

--Para destruir á un hombre, no se necesita tanto como para destruir un reino. Me iré sin ellas, y yo os respondo del buen desempeño de mi comision.

Antonio Perez se salió diciendo:

--Lástima que este fraile no sea ambicioso. Nada quiere del mundo, ¿que desengaños habrá sufrido en él?

VARIEDADES.

Hemos presenciado una discusion pública y solemne de los profesores de clínica, en la cual han lucido sus profundos conocimientos.

Un escuálido y demacrado enfermo que padecía largo tiempo un aneurisma voluminoso de la arteria femoral á su salida del vientre, ha sido objeto de un maduro é imparcial exámen practicado con la mas sana crítica y con una confraternidad digna de todo elogio.

El enfermo, de edad de 40 años, estaba sumamente estenuado y debilitado por sus largos padecimientos, su cara pálida, sus ojos lánguidos, sus lábios marchitos, la lengua seca, el pulso débil y frecuente, la piel áspera, el calor acre. El muslo insensible y edematoso, presentaba en el doblez de la ingle un tumor voluminoso y semi-esférico, duro en su base, blando y fluctuante en el centro, que estaba ocupado por una escara gangrenosa próxima á desprenderse, y á dar fin á la efímera existencia de aquel infeliz, á quien habian separado ya de los demas enfermos, á fin de evitarles el terror que debieran experimentar dentro de pocas horas, cuando se derramase por la cama y los suelos hasta la última gota de su sangre.

Todos convinieron en que era inevitable esta catástrofe, si el enfermo quedaba abandonado á su suerte. Todos dijeron que el único medio de salvacion, era la ligadura de la arteria iliaca esterna, medio único de salvacion pero impracticable para alguno, practicable para los mas, incierto y peligroso para todos. Y en tal conflicto, precisados á optar entre una muerte cierta y horrible, y una operacion de éxito dudoso, la mayoría se decidió por esta última, que quedó aplazada para el dia siguiente.

El doctor Romagosa, siempre generoso y galante con sus compañeros,

accediendo á sus instancias á pesar de no pertenecerle el enfermo, no vaciló en aceptar el instrumento que le ofrecieron, para disputar á la muerte su victima designada. Conocida es la conducta del Sr. Romagosa cuando se trata del bien de la humanidad y del honor de la escuela. Este señor, en compañía de los Sres. Torres, Bertran, Lopez Mateos, Zuriaga, Coca, Armet, Carrion, Andrey y otros profesores, y de un numeroso concurso de alumnos ávidos de saber, ha desempeñado su cometido con una exactitud matemática en las incisiones, y con aquella maestría y segura calma que distinguen á este eminente práctico. La operacion de suyo grave y difícil, terminó breve y felizmente.

Despues de haber abierto y vaciado en parte el saco aneurismático, desapareció el estupor del muslo y rebajó el edema conservándose el calor, y se estableció la circulacion en la pierna.

El estado general se mejoró notablemente. Mas al dia tercero se presentó una mancha gangrenosa en la parte interna del muslo, correspondiente á las paredes adelgazadas del saco. Este accidente, dependiente de la lesion local y de la calentura adinámica que padecia, y la reabsorcion de sangre extravasada y disuelta, hizo sucumbir al enfermo á pesar de la suma limpieza, escarificaciones, dilataciones, cauterizaciones, y de las repetidas curas con el alcanfor, quina y carbon, en cuya penosa é ingrata obra ocuparon casi todo el dia los beneméritos colegiales internos, imitando el celo é incansable asiduidad de los Sres. Romagosa, Armet y Carrion, quienes disputaron por líneas el terreno á la muerte, sin separarse del enfermo hasta una hora antes de espirar.

No podemos menos de elogiar la asistencia y cristiano afecto con que las hermanas de la caridad se han portado en esta como en todas las ocasiones. Y no tememos afirmar que con el interés que despliega por las clínicas el Sr. vice-decano doctor D. Juan Nepomuceno Torres, y con la nobleza, generosidad, filantropía é inteligencia de los respetables individuos de la junta del hospital, esta célebre escuela conservará y acrecentará en esta parte de la enseñanza, el brillo y esplendor que adquiriera en lo antiguo.

La autopsia cadavérica manifestó la limpieza con que se habia practicado la operacion, sin herir en lo mas mínimo el peritóneo, ni otro órgano. La arteria estaba un poco engrosada, mas elástica y resistente que en el estado natural, presentando únicamente algunas chapas rojizas en la membrana interna.

Esta grande y difícil operacion es la primera que se ha practicado en esta ciudad. Aunque no ha tenido otro efecto que prolongar tres dias mas la existencia del enfermo, honra sobremanera la escuela y al digno catedrático Romagosa, distinguido discípulo y noble émulo de los eminentes doctores Hisern, Argumosa y Toca.



TEATRO.

REVISTA CRITICA.

LUCIA.—EL VIEJO Y LA NIÑA.

Gracias á la holgura y santa independencia que bienaventuradamente se disfrutaban en la república literaria, es como el crítico puede elevarse al exámen de los principios fundamentales de la ciencia de lo bello. La filosofía de la literatura, relegada al indiferentismo por los grandes agitadores del mundo moderno, solo en épocas apacibles ha podido encontrar espíritus profundos que han convertido sus ócios en vigiliias, sus pensamientos en verdades, su saber en ciencia. Por ello, si intentáramos formular una acusacion contra la frivolidad ó superficialismo de nuestra literatura, no buscaríamos en otra parte los antecedentes; Pericles, Augusto y Luis XIV responderian en nombre de su siglo por nosotros. Solo la paz del corazon puede formar en torno del literato y del filósofo, esa atmósfera ideal en que lo bello y lo sublime se descubren al espíritu bajo todas sus formas.

Pero dejando la teoría para cuando ensayemos la discusion en otro terreno mas adecuado, ocupémosnos mientras en satisfacer las exigencias del epigrafe que nos impone el público, como la fórmula única de su buen gusto. *Lucía*, la preciosa cuanto malograda *Lucía*, que así hace las delicias del público parisiense, como causa graves disgustos al valenciano, ha sufrido una mutilacion en grande. El Sr. Segarra, despreciando el papel de *Normanno*, digno de Marini y de Santarelli, ocasionó la rebaja de una buena aria, omitida por el Sr. Mascarós, en gracia de su reputacion artistica; y para colmo de la fatalidad que pesa sobre nuestra desgraciada compañía lírica, el grave ataque del Sr. Palma al pronunciar el terrible *male delto*, maldecido por todos los tenores, nos dejó desagradablemente afectados y sin los dos últimos cuadros de la partitura. ¡Fatalidad! Estaba escrito que tras tanto anunciar y suspender esta representacion, no la habíamos de gozar completa. ¿Deberá achacarse esta falta á los facultativos de la empresa, que no acertaron á comparar el verdadero estado del señor Castell, con los esfuerzos que le habia de costar el papel de Edgardo? Si así fuera, desde luego les juzgamos responsables del disgusto público. Podrá ser que la demasiada confianza del tenor, ó quizá una exigencia irresistible, ocasionáran incidente tan desagradable, pero de todos modos, segun las noticias adquiridas, la salud del Sr. Palma no estaba todavía bastante restablecida el 14, para cantar en una *tessitura* inadecuada á sus medios. Y qué, cualquiera que sea el origen adonde debamos acudir en nombre del público, ¿habrá éste de contentarse con *Macbeth* y algun *pot-pourri* lírico, si la enfermedad del primer tenor no tiene pronto el éxito feliz que le deseamos? Veremos y juzgaremos.

La mitad de *Lucía*, única parte que oyeron los *dilettanti* sin otra indemnizacion ni suplemento, fue egecutada con bastante aceptacion. Ninguno dudaba que la Sra. Cattinari trataria de hacer prestar á sus facultades y

recursos artísticos lo necesario para destruir el recuerdo de los triunfos, y ovaciones obtenidas por la Sra. Villó en la parte de Lucia; pero pocos creirian que se pudiese acometer esta empresa con tanto éxito. A pesar de todo, la cavatina ha sido cantada por la actual *prima donna*, con un gusto y delicadeza dignos de los aplausos de muchos inteligentes, agenos á toda prevencion de bastidor; y sino pareció ni estuvo realmente tan feliz en el rondó final, debe no obstante apreciarse como distincion debida al mérito artístico, haber sido oida con aplauso á pesar del digno paralelo que estaba sufriendo. El mal estado de la salud del Sr. Palma no nos permite ser muy severos con un cantante á quien no cesaremos de aplaudir, mientras brille en óperas que se ajusten á su voz tan bien como *Gemma*; por el contrario, en el papel de *Edgardo* siempre le auguramos mal resultado. El Sr. Gironella cantó regularmente, y el Sr. Font algo peor; con tales elementos y el Sr. Mascarós por añadidura, el sexteto falto de unidad y de colorido, decayó en mas de una frase. *Non plus ultra*; aquí principió la desgracia y acabó la crítica.

A beneficio de la Sra. Rimbau se ha representado *El viejo y la niña*, composicion de D. Leandro Moratin, ni tan acabada como el *Sí de las niñas*, ni tan bien egecutada por nuestra compañía de declamacion. Escusado es decir que el Sr. Guerra quiso encargarse del papel de D. Roque, sin cuidarse de que el rostro, los bigotes, la voz, la entonacion y los ademanes del actor, correspondieran ó no al carácter de aquel personage; así es que el *viejo* no parecia viejo, sino mas bien un jóven rollizo y bilioso que se habia encasquetado un pelucon gris, principiando por engañarse á sí propio. La *niña* tampoco creemos fuese la niña que imaginó Moratin por mas que la dama se empeñase en fingirlo como de obligacion; faltábale naturalidad y sentimiento, es decir, se llamaba la Sra. Rimbau. En fin, si la renombrada comedia de nuestro célebre clásico no ha sufrido la suerte fatal de una mala traduccion, justo es atribuirlo á la esmerada egecucion del Sr. del Rio y al nombre venerando del poeta.

No habiendo resultado postor competente en las subastas de ordenanza, parece que la autoridad superior administrativa se ha hecho cargo de lo interesante y grave que se presenta la cuestion de arriendo, si ha de subsistir nuestro teatro á la altura que reclama una capital como Valencia. Ni malas compañías, ni abonos caros, ni funciones monótonas, pueden producir grandes ganancias; pero con el celo de la administracion, la cooperacion de la parte mas notable del público, el tino en la eleccion de actores, la equidad en los precios y el acierto constante en la direccion de los espectáculos, sino se gana, podrá perderse mucho menos que hasta el dia. Al cabo, el teatro de una gran ciudad, capital de provincia, no debe estimarse como un negocio de comercio, sino como un elemento de gobierno, una escuela de moralidad y un Liceo del Estado.